

A R M A N D O U L L O A

Poemas de la tierra
y otros poemas

Edición póstuma

IMPRESA NASCIMENTO

Palabras que comienzan el libro

Buscó primero el aire puro de la cordillera. En un rincón agreste, sobre el río Maipo, vió caer la nieve a través de su ventana de enfermo. Todos los sábados, como en un culto, unos brazos amorosos de muchacha, descendían, cargados de flores, en la estación del pequeño tren que culebrea por la montaña. Después, los médicos lo enviaron al clima más tibio de Vicuña, la ciudad-jardín del Norte, donde van a soñar la mejoría los dolientes de la palidez terrible... En el pensionado del Hospital, las buenas hermanas de la Caridad cobraron una suave ternura por aquel niño grande que escribía(), bajo las glorietas de jazmineros, unos versos con el turbador perfume del mundo que, en vano, querían*

(*) Léase «Sor María Natalia».

olvidar. Un día, le llegó a la familia una carta de la Superiora; eran unas cuantas líneas plenas de simpatía para el enfermo, pero que decían una cosa amarga: «Tal vez sea mejor que esté cerca de los suyos; quien sabe si siente nostalgia del Sur . . .»

Y, regresado a Santiago, tomó el primer tren a su heredad, en la ribera del Maule, próxima al bello balneario maulino. La heredad que cantó en aquellos armoniosos versos:

La casa es una rústica casa antigua.
Domina como un observatorio sobre una media falda
y tiene flores y agua y tiene una avenida
por donde, en los crepúsculos y en las noches tranquilas,
sale mi corazón en busca de esperanza
y una visión azul se prende a mis pupilas . . .

Allí, en el fundo de su familia, en «Huinganes»,
lo fué a buscar la intrusa.

Uno de los deudos que recogió su último aliento,
nos relataba que vió llegar la muerte, en la percep-
ción de todos sus sentidos, y la acogió con serenidad
admirable.—«Me muero», balbuceó resignadamente,
y la luz se apagó en sus ojos.

Una mañana, al claror del fuerte sol de Enero,

descendió por el río—que purificara su cuerpo de niño e hiciera soñar el corazón adolescente de Armando Ulloa—un cortejo de leyenda, encabezado por una barca silenciosa que ornaban unas flores y unos paños negros. En ella iba el poeta dormido para siempre. La estancia en que transcurrieran sus últimos días de enfermo, tiene la casona solariega a orillas del Maule. Desde allí, los restos fueron conducidos al Cementerio Católico de Constitución, donde hoy reposan, y que está situado, así mismo, cerca de la ribera, al oriente del Puerto. Entierro grato a la memoria del tierno bardo de sus valles nativos, este deslizarse dulcemente, acunado sobre el agua azul que había cantado tantas veces.

Tal vez, fuera del ambiente intelectual, sean pocos los que conocen a Armando Ulloa como poeta, y lo fué, de los dilectos, cuya emoción desbordaba del frío vaso moderno. Su pasión por la cultura francesa (enseñaba este idioma) no le impidió vibrar con su tierra nativa, sino que le afinó el acento. Fué avaro de su producción, mas, lo que dejó disperso en las revistas, le asigna un sitio honroso entre los poetas de la nueva generación. Lo ya pu-

blicado y su obra inédita es lo que las manos cariñosas de los suyos ofrecen en esta edición póstuma.

Entretanto, el Maule, este Danubio chileno, que riega una tierra pródiga de artistas, ha perdido, en juventud muy temprana, un cantor que recién desperozaba las alas. Ya, herido de muerte, cantaba así, en un augurio henchido de presentimiento:

Y en tanto el eco triste del viento me conmueve,
y turba el aire el dulce tañer de una campana,
mido el esfuerzo inútil de mi existencia breve
con el dolor secreto de no existir mañana...

Otros, que no estén unidos como yo al escritor muerto, por la misma antigua sangre de los Ulloa, podrán percibir con ojos menos turbios de pesar, la pérdida experimentada por la poesía chilena.

CARLOS ACUÑA.